



res de su majestad, y al otro en un escudo azul un león echado con una corona mural en la cabeza, emblema del valor. Estos blasones con sus cuarteles heráldicos, realzan

SEGUNDA SERIE.—1863.

mucho el conjunto añadiendo un no se qué de imponente y augusto.

Prescindiendo del tamaño y mirando la imagen sobre
AÑO XXI. 33.

una pared cubierta de tapices, creíase ver la segunda puerta de un santuario, de un misterioso oratorio.

Abiertas sus puertas, se ve inmediatamente la Virgen Santa, y sobre sus rodillas el niño Jesús teniendo en las manos su corona de espinas. Estas dos figuras forman el cuerpo ó centro del tríptico. Sobre una de sus alas está pintado con delicada atención San Francisco, y sobre la otra Santa Sofía mártir, á la que el pintor ha dado algo el parecido y facciones de la reina. La composición del centro es deliciosa por la mansedumbre consoladora del rostro de la Virgen; los paños están plegados con arte y delicado estudio, el fondo es imitación de los maestros italianos, representa un lago cuyas tranquilas aguas en sus azuladas orillas hacen pensar con placer en el golfo de Nápoles.

El zócalo que lleva estas palabras grabadas en caracteres arcaicos ó antiguos sobre un listón de ébano:

HOMENAJE DE LAS DAMAS DE LYON A S. M. LA REINA DE NAPOLES.

No hay retórica en esta sencilla inscripción, aunque se dice en ella todo cuanto debe decirse y nada mas. Por consecuencia, las damas de Lyon son tan sábias como la academia de la lengua y de bellas letras.

TACUATI.

CRÓNICA AMERICANA.

Después de un largo interregno de ocho años, vuelvo con gusto á consagrar parte de mis tareas literarias á los suscritores del *Museo de las Familias*. Mis escursiones por ese vasto territorio, que bañan el anchuroso Plata y los caudalosos Paraná y Paraguay, con sus ricos y pintorescos afluentes, Tevicuarí, Pilcomayo, Ipané, Aquidaban, Apa y Bermejo, me han suministrado abundantes materiales para dar á mis lectores un entretenimiento tan agradable como instructivo, aun cuando no haga otra cosa que cenirme á la historia poco conocida, y por consecuencia, imperfectamente estudiada de ese vastísimo continente, donde España, antes que nadie, enclavó el símbolo de la verdadera civilización.

Para apreciar debidamente á estos países, para comprenderlos y analizarlos cual corresponde, es necesario hacer abstracción completa á ese movimiento material, que con tanta rapidez se va encarnando en el espíritu de las poblaciones, que procuran imitar al mundo europeo, importando sus inventos y sus elucubraciones. Es necesario alejarse de esas frecuentes emigraciones que acuden numerosas huyendo del pauperismo europeo, y llevando á los americanos su industria y su codicia. Es necesario penetrar en los bosques, y en los desiertos, surcar todos los ríos. Sentarse á la sombra del frondoso y copudo araticú-mí, alcanzar su sabrosa fruta, apagar la sed en aquellos arroyos que serpentean sonoros y cristalinos. Contemplar con recogimiento las cruz de piedra que clavó el misionero católico en el interior de aquellos

bosques. Penetrar en el humilde rancho (1) del campesino; participar de su frugal pero sustancioso alimento, y reparar la fatiga del viaje recostado sobre una piel de tigre, ó embutido en una hamaca de algodón ó de cuero, elaborada por el indígena. Es necesario además penetrar en las tribus de los salvajes, especialmente en la de aquellos que aun cuando no están bautizados, reciben al *pitaugua* (2), con benevolencia, en cuyo número podemos contar al indio *pampa*, al industrioso *payaguá*, al aguerrido *guaicurú*, al retirado *timbú*, al manso *cuaigú*, y al melancólico *tupi*. Es necesario hablar su idioma, el *guaraní*, y agasajarle; no inspirarle temor, para que nos hable con franqueza, nos pregunte lo que sucede en otras partes y nos escuche como á un oráculo. Es necesario en fin, tener mucha paciencia para tolerar sus preocupaciones, soportar los rigores de un clima de fuego, y un buen estómago para aceptar el alimento con que nos brinda estagente hospitalaria.

Pero pienso apartarme de estas reflexiones, que serán objeto de otro artículo respecto á las costumbres de aquellos habitantes, limitando por hoy mi trabajo á un solo hecho histórico que pudo suministrarme una feliz circunstancia.

Paseábame á caballo en una hermosa mañana de verano, (domingo 16 de febrero de 1858) por las pintorescas márgenes del río Paraguay, cuando observé que dos indios *payaguás* trasportaban á una canoa gran cantidad de naranjas, muchos trozos de carne cruda de vaca, innumerables espigas de maíz, y unas cuantas damajuanas de aguardiente.

Preguntéles el objeto de aquel respetable embarque, y me respondieron que al siguiente día iban á festejar un suceso, pero no me dijeron cuál. Acaso una de sus misteriosas tradiciones, y que son tan cuidadosos en no revelar á nadie. Aun cuando yo habia visitado esta tribu meses antes, pero en días normales, quise esta vez repetir la visita, con el intento de descubrir el motivo de esta solemnidad. Entregué mi caballo á un mulato que se estaba bañando, encargándole que me lo llevase á casa, lo que me prometió hacer de muy buena voluntad. Si á mis lectores les parece extraño este mandato, mas les sorprenderá saber que yo no conocia al muchacho, y que no le di recompensa alguna por su trabajo, y que abrigaba la convicción de que mi caballo estaria en mi casa antes de media hora, como así sucedió.

Entré en la canoa con los dos indios, atravesamos el río; saltamos en el gran Chaco, y caminamos por tierra, los indios con sus bastimentos sobre sus fornidos hombros, y yo sin otra defensa que el *rebenque* (3) de mi caballo, hasta llegar á una media milla de la nueva población conocida con el nombre de Guardia del Potrero Occidental, adonde los *payaguás* tienen establecidas sus tolderías, que trasladan á diferentes lugares cuando las grandes crecientes del río Paraguay y sus afluentes los obliga á ello.

Salieron á recibirnos todos los habitantes de aquella tribu (4). Los recién llegados distribuyeron entre diferentes

(1) Casa-choza.

(2) Estranjero.

(3) Látigo.

(4) Esta tribu no tiene hoy arriba de ciento veinte almas, y va disminuyendo gradualmente por la mortandad que originan los excesos de las bebidas alcohólicas, á las que son excesivamente aficionados, y por la costumbre religiosa que tienen los matrimonios de matar, al nacer, desde el tercer hijo en adelante, cuyo fundamento no he podido averiguar á pesar de mis esfuerzos para lograrlo.

manos las mercancías que traían de la Asunción, y mientras que unos y otros se ocupaban de los preparativos para el banquete del siguiente día, yo me dirigí á la morada del cacique, llamado Miguel (1), y al cual conocía bastante por haberle comprado en la Asunción algunos pájaros raros, pieles, flechas y otros objetos, y la cual saludé cortesmente con la frase guaraní de *maiteipa* (2), y á la cual siguió la sabia respuesta de *eresaiñeté* (3).

Acto continuo suspendió por sus dos extremos su propia hamaca de cuero en los troncos de dos árboles *lapachos* (4) cuyas largas y frondosas ramas sombreaban un diámetro de doce á catorce metros; me ayudó á quitar el poncho de seda, me descalzó las espuelas, las colgó sobre una rama, me dió un grande abanico de paja y me invitó á recostarme sobre su hamaca. Acepté su obsequiosa hospitalidad; se sentó á mis pies, y comenzó á agitar la hamaca, para que al par que me mecía respirase el embalsamado ambiente de aquella frondosa campiña. Pedí agua, y me la trajo en un *mate* (5), tan fresca como cristalina.

Dije á Miguel que me revelase el fundamento de la solemnidad que preparaban, y me contestó con acento grave: *¡Tobé!* (6). Resolví no ser insistente, porque conocía que no había de lograr mi objeto. Hablamos de cosas indiferentes, y me quedé dormido. En lo mas dulce de mi sueño me encontraba, cuando escuché la brusca voz de un hombre que me llamaba por mi apellido. Desperté, y hallé á mi lado á Mr. Eduardo Worm, inglés y empleado por el gobierno de Paraguay para el establecimiento y direccion de varias fábricas de ladrillos, situadas en la Guardia del Potrero Occidental.

—Dispense vd. que le haya interrumpido el sueño. Pero hace mucho tiempo que deseaba hablarle. Un soldado me dijo hace un instante que vd. se encontraba en este sitio y he venido á buscarle para que me haga vd. un servicio, en el cual ha de dar por bien empleado que le hayan quitado algunos ratos mas de sueño.

—Sepamos lo que vd. solicita, le respondí saltando de la hamaca.

Miré á todos lados, y ví que Miguel había desaparecido. Nos sentamos al pié de un árbol, y Mr. Worm, sacando unos cuantos pliegos viejos manuscritos los puso en mis manos diciendo:

—Un viejo paraguayo de Misiones, me ha vendido este manuscrito; está en guaraní y yo no lo entiendo. Lo he dado á varios hombres del país para que me lo traduzcan; pero como no hablan bien el castellano, ni yo tampoco lo poseo con perfeccion, me hacen una traduccion imperfecta. Únicamente vd., que segun dicen, ha aprendido este idioma de una manera radical, puede hacerme una traduccion en buen

castellano, á fin de que yo logre luego hacerla á mi turno en inglés.

Desplegué aquellas viejas hojas, y leí el siguiente epígrafe: *TACTATÍ, escrito por el padre Bernardo Cabrera y Fuensaldaña, misionero de las reducciones de Paraná, Uruguay é Itatí.—Partido de Santa Rosa.—M.DCC.LXVIII.*

Ofrecí complacerle, pero con la condicion de que debía regalarme el original, á lo cual se opuso, añadiendo que era capaz de consagrarse en cuerpo y alma á la adquisicion perfecta del idioma guaraní, si yo no quería servirle, antes que ceder á nadie aquella preciosidad. En último resultado, quedamos de acuerdo. Prometí traducirle el original dándole el tiempo necesario para hacer una copia. Guardé el manuscrito guaraní, nos despedimos, busqué á Miguel, le encontré, me preparó la canoa con cuatro indios que manejasen los palos para bogar, y atravesé el río, en medio de un sol abrasador, saltando despues en el paraje conocido con el nombre del Gran Chorro, inmediato al cual vive don José Berges (1), quien me proporcionó un caballo y un grande paraguas para dirigirme á mi casa.

Aquel mismo día dí principio á la traduccion, que terminada nueve dias despues dió por resultado la siguiente historia.

§ 1.—En el nombre de Dios Todopoderoso.

Merced á su infinita misericordia, ya es conocido del mundo el vasto territorio situado entre Chile, el Perú y el Brasil. Las minas de oro y plata que encierra, no son por cierto su mas apreciable riqueza, sus mas grandes tesoros. Fértiles tierras, rios soberbios, bosques inmensos, producciones europeas reunidas á las indígenas, abundancia de toda clase de frutos, de animales útiles, hace, que casi sin cultura, el dichoso habitante de Paraguay goce de los beneficios que la naturaleza ha esparcido por el resto del mundo. Sebastian Gaboto penetró aquí el primero, el año 1526, despues de haber subido el Río de la Plata. Los lingotes de oro que vinieron á ofrecer á los españoles los naturales del país, despertaron la codicia de otros navegantes. Se edificó á Buenos-Aires; se construyeron algunos fuertes en el interior del país, y se estableció finalmente la Asunción en las márgenes del río Paraguay.

Los indígenas á la vista de nuestros soldados, se alejaron del país. Especialmente los guaraníes pueblo numeroso y de gran pujanza, se ocultaron en montañas inaccesibles, cuyos senderos eran absolutamente desconocidos. Muchos destacamentos cristianos habian procurado penetrar en estas espesuras, pero nuestros guerreros sucumbian por el calor, por el hambre y por las flechas de los salvajes. Se encontraba, pues, cerrado todo género de comunicacion entre los españoles y los guaraníes. Las tierras quedaban incultas, y la colonia, reducida á pedir socorros á Europa no podía prosperar.

En este lamentable estado se encontraba á principios del siglo XVIII, cuando don Fernando Pedreras vino de la corte como gobernador. Su carácter no era apropiado para llamar á los guaraníes. Pedreras, orgulloso y déspota, quería que todo se doblegase bajo el imperio de sus tiránicas leyes. Exageradamente celoso de su autoridad, é instigado por el deseo de amontonar riquezas, la avaricia y el orgullo se ha-

(1) Aun cuando no se bautizan, toman nombres de santos, escogiendo, cuando tienen uso de razon, el que mejor suena á sus oídos.

(2) ¿Cómo estás?

(3) Muy bueno.

(4) Madera que llamaron los conquistadores *palo de fierro*, por su extraordinaria dureza, y porque no puede flotar en la superficie del agua, y la que emplean hoy los paraguayos para la construccion de buques y de edificios, siendo tambien hoy uno de los artículos mas valiosos de esportacion en la Confederacion, Buenos-Aires y Montevideo.

(5) Calabaza con el mango retorcido y teñida de negro.

(6) No quiero.

(1) Hijo de español, y hoy ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Paraguay.

bían apoderado de su corazón (1). Pronto se vió aborrecido de los colonos, y los pocos indios destinados para traer víveres desaparecieron para reunirse con sus compañeros.

Entre los últimos misioneros que habían llegado á Buenos-Aires, se encontraba un anciano jesuita, que se llamaba el padre Maldonado. Nunca conoció el mundo católico un sacerdote mas digno, ni jamás salió la palabra de Dios por una boca tan pura. No condujeron al claustro á este santo prelado ni la ambición ni los remordimientos. Maldonado, piadoso desde la infancia, habiendo nacido dotado de un alma dulce y solo ardiente para hacer el bien, entró de novicio en la Compañía á la edad de diez y ocho años para consagrarse al servicio de Dios. Desde este momento su vida entera se destinó al alivio de la humanidad. Envejeció socorriendo á los pobres, y cuando cumplió los sesenta años, pidió á sus superiores que le enviasen á América en clase de misionero. «No puedo dar mas, dijo al Señor; quiero irme á un país donde no vea pobres. En el Perú todo el mundo tiene oro, y el Evangelio no se propaga por entre los indios. Quiero llevar allí el Evangelio, que es un tesoro mas grande que las miserables riquezas que poseen.»

Al llegar á la Asunción quedó sorprendido encontrando en vez de indios que venia á convertir, cristianos á quienes era necesario consolar. Se apresuró á visitar á los colonos, y habiendo ganado su confianza, escuchó sus quejas, alivió sus penas, y llegó á ser un abogado ante el inflexible gobernador. El buen padre era bendito de todos y hasta respetado de Pedreras, quien desde la llegada de Maldonado, se mostró mas apacible, porque una de las condiciones de la virtud, y acaso su recompensa, es hacer mejor á todos los que se aproximan á ella.

§ 2.—Un día que el padre Maldonado se paseaba solo á gran distancia de la ciudad, siguiendo las márgenes del río, oyó gritos y sollozos, y distinguió sobre la orilla un niño desnudo que se agitaba al lado de un hombre tendido sobre la arena. Maldonado se aproximó corriendo á este niño, que tendria como unos doce ó trece años, su rostro estaba bañado en lágrimas; besaba gimiendo á aquel hombre tendido, y hacia esfuerzos para levantarlo con sus débiles brazos, y procuraba animar con sus caricias el cuerpo inmóvil de un hombre de treinta á cuarenta años, desnudo como él, lleno de lodo, con los cabellos húmedos y en desórden, llevando sobre su rostro pálido las señales de una larga fatiga, y de una muerte penosa.

Desde el momento que el niño vió al jesuita, vino corriendo hácia él, y arrodillándose, y estrechando con fuerza sus rodillas; mirándole con ojos donde se pintaba la piedad, el amor y la desesperación, le dijo algunas palabras que el jesuita no pudo comprender, porque ignoraba su idioma, pero que enternecieron al buen sacerdote. Levanta al momento al niño, se deja conducir por él hácia el cadáver, que examina, que toca y que ya encuentra helado. El pobre niño, contemplaba al jesuita, y continuaba hablándole en su idioma; pero juzgando por la triste mirada y por los signos del padre Maldonado, que era perdida toda esperanza, se lanzó sobre el cadáver, le besó mil veces, searrancó los cabellos, y

levantándose de pronto, emprende su camino como para precipitarse en el río.

A pesar de su edad avanzada, Maldonado, mas pronto y mas fuerte que el niño, le sujeta y le detiene entre sus brazos. Olvida que el niño salvaje no puede entenderle, y procura consolarle con dulces palabras. Como lloraba al mismo tiempo que hablaba, el niño le comprendia bien, y le devolvía sus caricias, mostrándole siempre aquel cadáver y pronunciando el nombre de Aracayú; mostrándole el río y pronunciando el nombre de Gomanigé. Llevaba la mano á su corazón inclinándose hácia Aracayú; despues estendia los brazos hácia el río, repitiendo muchas veces Gomanigé. El padre Maldonado que se esforzaba en comprenderle, oyó bien que el salvaje muerto era su padre y que se llamaba Aracayú, pero no podia comprender por qué el niño tendia siempre los brazos hácia el río llamando á Gomanigé.

Despues de muchas horas de inútiles esfuerzos para obligar al niño á que le siguiese á la ciudad, Maldonado, que no queria abandonarle, vió dichosamente pasar un soldado, y le pidió que fuese á la Asunción para buscar socorros.

El soldado trajo muy pronto á un cirujano del hospital, quien examinando de nuevo el cadáver, confirmó al jesuita de la muerte de aquel hombre. A los ruegos de Maldonado, el cirujano y el soldado abrieron una fosa en la arena, donde depositaron el cuerpo, en tanto que el buen pastor consolaba al niño que redoblaba sus llantos y sus gritos.

Maldonado consiguió en fin llevar á su casa al jóven salvaje; le prodigó las mas tiernas caricias; le presentó alimentos, y el niño mostrándose sensible á la bondad del jesuita, se levantaba muchas veces para besarle las manos; pero mirándole con dolor volvía otra vez á llorar. Pasó la noche sin dormir; pero desde que despuntó la aurora dió á entender con signos que se queria ir. Maldonado salió con él. El niño dirigió sus pasos hácia el sitio donde habían enterrado á su padre; al llegar, se puso de rodillas sobre la fosa, la besó muchas veces y quedó allí bastante tiempo prosternado; en seguida se prosternó en la misma orilla del río y ejecutó las mismas ceremonias, y volviendo cerca del jesuita, levantó los ojos al cielo, pronunció tristemente los nombres de Aracayú y de Gemanigé, hizo señas con la cabeza de que ya no existian, y se arrojó en los brazos de Maldonado, como para hacerle comprender que habiéndolo perdido todo en la tierra se entregaba enteramente á él.

El jóven salvaje fué cada vez mas, aficionándose al buen padre, tan dulce como reconocido queria siempre obedecerle; procuraba adivinar todo lo que podia agradarle, y lo ejecutaba al instante. Consintió en llevar vestidos; se acostumbró sin mucho trabajo á usos que no comprendia y que muchas veces le repugnaban; pero á un signo de su bienhechor todo le parecia fácil. Habiendo nacido con penetración y con una admirable memoria, aprendió en poco tiempo bastante español para entender al jesuita y para ser entendido. La primera palabra que pronunció y que mas le entusiasmó cuando conoció su significado, fué la de *padre mio*, que todo el mundo decia cuando hablaba á Maldonado. ¡Oh! padre mio, exclamaba, yo no esperaba ya pronunciar este nombre: pero yo te debo esta felicidad, y veo que eres tú el mejor de los hombres, pues que todos los hombres te llaman padre.

Entonces fué cuando pudiendo responder á las preguntas del buen jesuita, le instruyó de su nacimiento y de sus des-

(1) El original, traducido literalmente, dice: «El diablo en forma de avaricia, y el demonio en forma de orgullo se habían metido en su cuerpo.»

gracia, y sobre la misma tumba de aquel por quien siempre lloraba le hizo la siguiente relacion.

§ 3.—Yo me llamo Tacuatí, dijo; pertenezco á la nacion de los guaníes, á quienes tus hermanos los españoles han espulsado de estas bellas llanuras, y que habitan ahora los bosques situados á espaldas de estas montañas azules (1). Yo era el único hijo de Aracayú y de Gomanigé. Se habian amado toda su vida, y desde mi nacimiento no vivieron mas que para amarse. Cuando mi padre me mandaba cazar, mi madre venia con nosotros, y cuando mi madre me tenia á su lado mi padre no queria cazar. Yo pasaba los dias á su lado y las noches en sus brazos. Si yo estaba contento, ellos eran dichosos; si yo sufría ellos, lloraban mi mal, y si yo dormía, ellos velaban silenciosos para no interrumpir mi reposo.

Una tribu brasileña que tus hermanos han espulsado aparentemente, vino á atacarnos en nuestros propios dominios; dimos la batalla y ganaron los brasileños. Mi padre y mi madre obligados á huir prepararon á toda prisa una canoa en la cual nos metimos con todo cuanto poseíamos, esto es, dos hamacas, una red y dos arcos. Nos embarcamos y seguimos la corriente abajo, sin saber donde nos detendríamos, pues los brasileños estaban á nuestra espalda y temblábamos avanzar hacia el sitio donde residian tus hermanos. Era época de creciente, y muy grande la torrentada, y se volcó nuestra canoa. Mi padre sosteniéndome con una mano nadaba con la otra, y mi madre enferma desde mucho tiempo antes le costaba mucho trabajos nadar, y sin embargo, me sostenia tambien. La fatiga agotó pronto las fuerzas de mi madre y las mías. Aracayú, que lo observaba nos echó á los dos sobre sus espaldas, y nadó durante algun tiempo, sin poder llegar á la orilla contrariado por la fuerza de la corriente. Se iba debilitando y no lo decia, y ya ninguno podíamos sostenernos sobre las aguas. En fin llegamos á Tacumbú (2) y dijo mi padre al par que seguia nadando: «Nosotros vamos á perecer, mi querida Gomanigé; no puedo llegar á la orilla con este doble peso. Si te quedase bastante fuerza para seguirme algunos momentos...» No pudo acabar... mi madre se desprende, se sumerge y desaparece exclamando: «¡Salva á nuestro hijo! ¡yo muero feliz!» Yo quise echarme detrás de mi madre, pero Aracayú me coge por un brazo. Hace un grande esfuerzo, atraviesa la inmensa anchura del rio, llega á tierra, me pone sobre la arena, me abraza y cae muerto á mis pies.

Tú llegastes despues... tú sabes lo demás, padre mio.

§ 4.—El jesuita le escuchó sollozando sin procurar consolar al jóven salvaje; no se propuso moderar su dolor, sino que le confundió con el suyo; Tacuatí conmovido con aquellas lágrimas cesó de derramarlas para enjugar las del sacerdote.

La bondad paternal de Maldonado ganó cada vez mas el corazon del sensible Tacuatí. Le instruyó en su escuela; apren-

dió á leer y escribir con admirable facilidad. El piadoso misionero le habló de la religion; se la pintó como él la sentia; creyó fácilmente lo que el buen padre le decia, porque le veia practicar lo mismo que aconsejaba; le seguia al hospital, á la casa de los pobres, á la de los desgraciados, y cuando sentado cerca de un enfermo, Maldonado calmaba sus dolores con sus consoladores discursos; cuando compartia con los indigentes hasta su frugal comida, y hasta su propia ropa, y cuando el jóven salvaje admiraba tanta caridad: «Hijo mio, le decia, yo no hago todavía bastante; mi Dios es el Dios de los pobres, de los huérfanos y de los afligidos, estos son sus hijos predilectos; estos son á quienes es necesario socorrer, si nosotros queremos agradar á su padre.»

Enamorado de este divino precepto; deseando imitar tan buenos ejemplos, Tacuatí pidió el bautismo. Esta peticion colmó de alegría al buen misionero; quien corrió á instruir de lo que pasaba al gobernador. Esta ceremonia fué una verdadera fiesta: Pedreras quiso ser el padrino del americano convertido; todos los españoles le llenaron de presentes, y el jesuita no se ocupó de otra cosa que de asegurar una fortuna independiente á su nuevo prosélito.

El crédito, la consideracion que gozaba Maldonado en la colonia, y hasta en España, le daban medios fáciles de procurar á Tacuatí los empleos que hubiese deseado. Tacuatí acababa de cumplir veinte y dos años; su educacion estaba terminada, y el discípulo de Maldonado mas instruido que la mayor parte de los colonos, sabia latin, las matemáticas, habia leído los historiadores, los poetas y nuestros mejores autores. Su talento justo y penetrante, se habia aprovechado de estas lecturas; le gustaban los libros, y sabia juzgarlos, y muchas veces recogia mas verdadera filosofía que el mismo autor que la escribia. Maldonado, que admiraba este buen sentido, le habló seriamente de la necesidad de tomar un estado para hacer su fortuna, y le propuso el estudio de las leyes, el servicio de las armas, ó el comercio, dándole libertad para que escogiese con su indulgencia acostumbrada. Tacuatí le respondió:

«El único error que encuentro en tí, padre mio, es el de creer que esta fortuna de que tú me hablas tan á menudo sea necesaria á mi felicidad. Concibo muy bien, segun lo que he leído y segun lo que me has hablado de tu Europa, donde todo lo que dá la naturaleza no pertenece mas que á una limitada parte de sus habitantes, donde los pobres están condenados á servir á los ricos para tener el derecho de respirar el aire, y de alimentarse con los frutos de la tierra, concibo, repito, que en ese pais se empleen todos los medios justos ó injustos para pertenecer á la clase que lo tiene todo. Pero, mira donde estamos, padre mio; mira estas dilatadas llanuras, donde el maíz, la mandioca, el ananá, el *guavirami* (1) y otra multitud de plantas alimenticias crecen á nuestros ojos y casi sin cultura; observa estos bosques inmensos llenos de cocos, de *iguapuná* y *guayabas* (2) y otros frutos deliciosos que produce la naturaleza con menos trabajo que el que vosotros podeis emplear en retener sus nombres: todo esto me pertenece; puedo gozar de ellos, y la poblacion del Para-

(1) Noto una grande inexactitud en esta descripcion. En todo el radio de la Asuncion, no se encuentran mas eminencias que el cerro llamado de Lambané, y el cerro de Ipané, distante unas siete leguas de la jurisdiccion de la capital. Las eminencias comienzan en el Paraguay, es decir, á unas veinte leguas de la Asuncion.

(2) Uno de los puntos por donde el rio Paraguay dilata su anchura por su afluencia con el rio Pilcomayo que baña gran parte del territorio conocido por el Gran Chaco.

(1) Fruta del tamaño y forma de nuestra guinda, de color pajizo muy sabrosa al paladar. El tronco de éste árbol arroja un tinte morado y permanente.

(2) Del tamaño de las mas pequeñas de nuestras manzanas. Cuando está madura se abre y ofrece un fruto granujiento de color amarillo y bastante sabroso.

guay no será en mucho tiempo bastante grande para que los hombres se dividan estos vastos territorios, aunque asignen un señor á cada trozo, y deshereden de la naturaleza á los que vengan despues.

«En cuanto al oficio que tú llamas, no sé por qué, *un estado*, y que tú quieres que yo escoja, te confesaré francamente que ninguno de ellos me agrada. No me gustan vuestras leyes, porque las encuentro muy insuficientes, inciertas, y muchas veces contradictorias. De todo lo que me has hecho leer es lo que mas enojo me ha dado, y como se aprende mal lo que enoja, no quiero aprenderlas. La guerra me hace estremecer. Yo admiro y quiero al hombre valeroso, que si vienen á invadir su patria, se arme al punto, y esponga su vida por la salvación de sus hermanos; este hombre no es un guerrero como le llaman en tu país; es un hombre de paz y justicia, pues combate por la una y por la otra. Pero yo, que he nacido guaraní, vaya á empeñar mi vida y vender mi sangre al rey de España para talar tierras ó matar hombres á su antojo!... no, padre mio; la religion que tú me enseñas me lo prohíbe.

«El comercio me agradaba al principio; encontraba caritativo y bello, atravesar los mares, consumir la vida en el trabajo, en los peligros, para llevar á países lejanos los socorros que necesitan, y para repartir entre la gran familia humana todos los beneficios del Padre comun. Pero he descubierto á fuerza de observacion cual era el objeto de esta caridad; he visto que los comerciantes mas honrados no tienen escrúpulo en traer á los salvajes armas mortíferas, ni en embriagarlos con sus fuertes licores para hacer mercados mas ventajosos. En fin ya he visto que traen aquí africanos que esponen en la plaza como bestias de carga. ¡Vender hombres, padre mio!... ¡Y á esto llaman comercio! Padre mio, yo no quiero ser comerciante.

«Dejadme que sea lo que soy. Aunque tú sonrias y me hasgas entender con tu dulzura acostumbrada que no soy nada, te aseguro, que soy alguna cosa, y alguna cosa buena, bastante dichosa, gracias á tí. Gozo de buena salud y del reposo de la conciencia; me encuentro dispuesto á aparecer en cualquier instante en presencia del Dios de la justicia, y no tendré que ocuparme de otra cosa que del pesar de dejarte. Si, padre mio; no hay estado mas hermoso que el de la inocencia. Deja que no conozca otro. Nada me falta á tu lado: si yo tengo la desgracia de perderte, yo regresaré á mis bosques, donde nuestros árboles bastan para sostener mi existencia, donde tu memoria seria bastante para mantenerme en la virtud. Déjame gozar de la felicidad que tú me has alcanzado. Los dos hemos leído muchos libros en fólío, que nos han dicho cuales son las cosas que los hombres llaman felicidad. Yo de buena gana escribiría un librito que se reduciría á dos líneas: conservar el alma pura, y saber renunciar á las cosas del mundo material.»

Maldonado no encontraba nada que responder á su joven filósofo; convenia en que el discípulo había sobrepujado al maestro, y pedía sonriendo á Tacuatí que le instruyera. Pero muy pronto esta sabiduría tenia que ser puesta á prueba.

§ 5.—Hacia ya algunos meses que un buque procedente de Cádiz habia traído de España á una joven, sobrina del gobernador de la Asuncion, á quien su padre don Manuel, hermano menor de Pedreras, habia dejado huérfana y pobre. Los parientes de don Manuel, para desembarazarse de esta muchacha, nada encontraron mejor que enviarla á América

al lado de un tío, que pasaba por hombre poderoso. Pedreras, recibió á su sobrina con mas sorpresa que alegría, y hasta tuvo pensamientos de enviarla á España; pero las representaciones de Maldonado lo impidieron. Se limitó entonces á dirigir á sus parientes las mas ásperas reconvencciones por la carga que le remitían, y consintió por un esfuerzo de humanidad en sufrir en su casa á la única hija de su hermano.

Puede adivinarse que la joven sobrina no vivia dichosa en casa de Pedreras; ella veía que su presencia era un peso. Temerosa de irritar á su tío, y cierta de disgustarlo ponía la mayor atencion en sus acciones, en sus palabras, y creía haber conseguido mucho cuando no la encontraba mas que importuna. Apenas tendria diez y seis años y se llamaba Angelina; y en verdad, que era digna de este nombre, por su belleza, por su dulzura, su gracia y su amable talento. Era imposible verla sin amarla; la vanidad no se habia jamás acercado á esta alma pura, y el sentimiento que ella inspiraba tenia tanto de ella, que venia á ser una virtud para aquel que lo experimentaba.

Angelina buscaba muchas veces la soledad y el campo. Aprovechándose de la libertad que se disfruta en las colonias, salía todas las tardes, seguida de un solo criado para contemplar la naturaleza, respirar el perfume de las flores, escuchar el canto de las aves y admirar el sol poniente. Estos eran sus únicos placeres, los que bastaban á su alma dulce, ingénua, tierna, apacible, siempre pronta á sentir el bien, siempre lenta para desear lo mejor.

Muchas veces habia observado en sus paseos campestres á un joven, que á las mismas horas no dejaba de ir al mismo paraje, que se ponía de rodillas, quedando allí mucho tiempo, y que seguidamente regresaba á la ciudad. Angelina, poco curiosa, evitaba su encuentro; pero una tarde que habia dilatado mas su paseo, y que pasaba cerca de este sitio una monstruosa serpiente de la especie llamada constrictor (1), tan comun en el Paraguay, levanta de repente su cabeza por encima de las mas altas pencas del *caraguatí* (2), se avanza hácia Angelina, lanzando horribles silbidos. Angelina dá gritos; su criado asustado huye despavorido; la joven española huía tambien, pero la serpiente la seguía, y ya próxima á alcanzarla, aparece Tacuatí, el cual desatando de su cintura el lazo de cuero que acostumbraban á llevar los naturales, enlazó con tanta destreza por el nudo escurridizo la cabeza del furioso reptil, que corriendo despues en sentido opuesto con extraordinaria velocidad, consigue arrastrarla y la estrangula.

Angelina se habia desmayado; Tacuatí la socorrió, y cuando recobró sus sentidos, la sostuvo en su marcha hasta llegar á la casa de su tío, de quien recibe sus acciones de gracias, dejando á la joven con una especie de turbacion que hasta entonces no habia conocido.

Tacuatí, voló á casa de Maldonado para contarle lo que le habia sucedido. La alegría que experimentó el buen padre, el interés que demostraba por la suerte de Angelina, y todo lo que refirió acerca de sus virtudes y de sus amables cualidades aumentaron la turbacion que sentía Tacuatí. Este escuchaba al sacerdote como distraído; aquella noche

(1) Mas conocida con el nombre guaraní de *curigú*; tiene de 14 á 15 pies de longitud.

(2) Planta filamentos y de la cual se hacen excelentes tejidos.

no pudo dormir, y á la mañana siguiente fué el primero en preguntar al jesuita, si no sería conveniente que fuesen los dos á casa del gobernador á saber el estado de su sobrina. Maldonado complació á su discípulo yendo á casa de Pedreras, quien los recibió con política y reconocimiento, tranquilizándolos respecto á la salud de Angelina, y los convidó á comer aquel día. El jóven guaraní volvió á ver á la interesante cristiana, como él la llamaba; tuvo la libertad de hablar con ella, y respiró con todos sus sentidos el ardiente amor que le consumía.

La historia de Aracayú, y los elogios que el buen jesuita se complacía en tributar á su hijo adoptivo fueron el asunto de la conversacion. Angelina, atenta, bajaba los ojos, y un color sonrosado brillaba sobre sus mejillas; un movimiento le hacia latir su corazon. Comprendió por la narracion de Maldonado, por qué Tacuatí iba tan á menudo á postrarse de hinojos á la orilla del río. Esta piedad, este amor filial, aumentaron su reconocimiento hácia su amable libertador. Le agradaba que hubiese sido él quien la libertara de tan grande peligro, creyéndose feliz en verse obligada á amar á este jóven; pero su natural modestia la retraía de levantar sus ojos hácia él.

Pocas visitas bastaron á los jóvenes amantes para que cada uno comprendiese lo que sentían, para afirmarse, sin decírselo, en que se amaban. Angelina guardó el secreto que sus ojos habian revelado; pero el sincero guaraní lo confió todo al jesuita. Le pintó el fuego de su pasion, y le repitió mil veces que solo la muerte podría apagarlo; que estaba dispuesto á emprenderlo todo para merecer la mano de Angelina, y terminó pidiendo su cooperacion para el logro de su felicidad.

Maldonado le escuchó tristemente. Oh, hijo mio, le dijo; cuánto me afliges y á cuántos males te preparas! Tú, que conoces nuestras costumbres, nuestras preocupaciones por los linajes, nuestra pasion por las riquezas, ¿puedes pensar que el gobernador del Paraguay consienta en dar su sobrina á un indio, á un hombre que nada posee, y cuyo proyecto es el de ir á vivir despues de mi muerte entre sus hermanos salvajes? Este desprecio hácia los vanos ídolos que se han formado los hombres, yo no lo he combatido, hijo mio, lo he respetado en tu corazon; pero cuando se pretende, mi querido Tacuatí, hacerse superior á los errores de la humanidad, es necesario primero renunciar al amor; pues él solo nos pone bajo la dependencia de todas las preocupaciones de los hombres y de todos los caprichos de la fortuna. Te tengo lástima, hijo mio; los consejos, los remedios serán ineficaces. No veo mas que un solo medio de triunfar. ¡La avaricia del gobernador le haria tal vez olvidar tu nacimiento..... si nosotros pudiésemos darle mucho oro!..... pero ni tú, ni yo le tenemos, y.....

—¡Oro! repitió vivamente Tacuatí echando sus brazos al cuello del anciano. Alegrémonos, padre mio; no tiene mas que pedírmelo. Las montañas donde yo vivia están llenas de ese metal. Sé los caminos que han de llevarme allí. Te buscaré tanto oro como quieras; tú se lo ofrecerás al gobernador, y él me dará por un precio tan vil el ser mas bello, el mas virtuoso, el mas amable del universo; y el funesto amor hácia este metal, que ha producido tantos crímenes en el Nuevo Mundo, hará la felicidad de dos seres.

El buen jesuita se fué al siguiente día á casa de Pedreras, pero conociendo el carácter de aquel á quien quería

conquistar, creyó permitido emplear un poco de destreza. Comenzó por hablarle de la dificultad que habia en establecer á Angelina de una manera conveniente á su nacimiento; le dió á entender con dulzura, que sacrificando esta última circunstancia, la jóven encontraria esposos que se llamarían dichosos poniendo á sus pies una gran fortuna, hasta pagando á su tío el honor de su alianza; y conociendo que esta introduccion no desagradaba á Pedreras, concluyó por proponer á su discípulo con cien mil ducados.

I. A. BERMEJO

(Se concluirá).

Acordaos que no hay cosa mas ridícula que irritarse con alguno porque no es de vuestra opinion. Los estudios, los intereses, la educacion de los hombres varían tanto que es imposible que todos tengan las mismas ideas, y vuestro antagonista tiene contra vosotros el mismo derecho que vosotros contra él.

EL SPECTADOR.

LA PENÚLTIMA REINA DE POLONIA.

Los ojos del mundo entero se hallan fijos en Polonia, esa mártir inmortal de la fatalidad. Al recorrer las vidas y los retratos de sus reyes y de sus reinas, hemos encontrado una estraña y singular anécdota sobre María Josefa, esposa de Federico Augusto III, el famoso soberano, cazador é ignorante, indigno sucesor y predecesor de los Leczinski, de los Sobieski, y Poniatowski, el monarca incapaz de aprender la lengua de sus estados, y que se arruinó en magnificencias, en músicas y en cuadros de los que nada entendía.

El día de su eleccion, eleccion armada como todas las elecciones populares, un adversario suyo le silbó desde su sitio.

—¿Quereis callar, señores, ú oíreis silbar nuestras balas?

Un senador de Varsovia, contestó en el mismo tono, y muchas risas penetraron por las bóvedas del salon. Continuaron las deliberaciones de los palatinos en medio del tumulto.

Augusto se hallaba metido en un rincon sin proferir ni una palabra. No sabía mas que el aleman, idioma detestado de los polacos.

Sabido es que al diablo lo visten y representan con traje de aleman, que á todo enemigo lo llaman *aleman* y que dicen: Había una vez dos hombres y un aleman.

Felizmente los campeones de Augusto hablaron por él, y hablaron á sablazos. Un nuncio en la Dieta habiendo reclamado.

—Quién te ha dicho eso, hijo de pagano, le replicaron blandiendo los sables; será nuestro candidato el elegido, porque nosotros le apoyaremos.

—¡La guardia! pronto la guardia, añadió el presidente.

Inmediatamente se presentaron ochocientos soldados de infantería que rodearon su sillón, y aseguraron la proclamacion de Augusto III.

Fué conducido al tablado sobre el que estaba el trono con los senadores. Su mujer, que era de elevada estatura y hermosa, fué introducida despues de él, y se vió revolotear sobre su cabeza un enjambre de abejas que habia entrado por una ventana, y posarse despues sobre sus cabellos y toda su persona sin hacerla el menor mal..... Creyóse que aquello era un milagro, una señal de predestinacion; y el salon y la ciudad resonaron con gritos de aclamacion y de alegría.

Los aldeanos, las mujeres, la muchedumbre al llegar á su vez, suplicaron á la bella reina que les dirigiese un discurso. Entonces María Josefa abrió una historia de Juan Casimiro,

rey de Polonia; el santo rey, cuyo sepulcro está en París en la iglesia de San German de los Prados, y leyó en ella la siguiente página, la mas admirable profecía que jamás hemos visto en la historia.

ARENGA DE CASIMIRO A LA DIETA EL DIA DE SU ABDICACION.

«Las disensiones de los electores y de los magistrados, de los soldados y de los aldeanos, causarán la ruina de Polonia. Pronostico los males que aguardan á mi patria; quiera Dios que sea falso profeta. El moscovita y el cosaco se unirán al



María Josefa, reina de Polonia.

pueblo que habla su lengua, y se apoderarán del gran ducado de Lithuania..... La gran Polonia será invadida por el Brandeburgo y por la Prusia, y en este desmembramiento, no dejará el Austria de apoderarse de Cracovia, etc.»

Los polacos, dice nuestra leyenda, comprendieron la leccion que les daba su nueva reina, y se abrazaron delante de ella, mientras la reina abrazaba delante de ellos á su marido. A la mañana del dia siguiente volvieron á renacer las disensiones, y á destrozarse y batirse furiosamente.

Dice un sábio historiador:

Cuando se verificó la primera division de la Polonia, la

disputa se suscitó al pronto sobre ésta, y la tempestad fué estallar sobre Italia. La Francia y el Piamonte se apoderaron del Milanesado, mientras que el infante de España don Cárlos y el general Montemar arrebataban Nápoles, la Sicilia á los alemanes y levantaban allí un trono para los Borbones.

En el siglo XIX, la disputa ha comenzado sobre la Italia, y la tempestad ha venido á parar sobre Polonia. Cosas son estas que pronto hemos de ver resueltas, y que admiran al observador estudioso é inteligente.

EL CONDE DE FABRAQUER.